

CAPÍTULO I

La niña chabolista

Me llamo Rubina Ali. No sé qué día nací y mi padre tampoco, pero sé que tengo nueve años. Vine al mundo en el Hospital Baba, en Bandra. He vivido siempre en el poblado de chabolas situado al este de Bandra. Mi barrio se llama Garib Nagar, que literalmente significa «zona de los pobres»; no es grande, pero en sí mismo es como una pequeña ciudad. Me conozco cada esquina y cada rincón de este vecindario. Aunque no parece muy grande, allí vivimos diez mil habitantes por kilómetro cuadrado. Construir una chabola en el poblado es lo mismo que armar un rompecabezas, ya que está hecha de restos de materiales tales como chapas de hojalata, planchas de madera y lonas plastificadas, empalmados de la mejor manera posible. Utilizamos cada centímetro de espacio que tenemos a nuestra disposición. Nuestras chabolas pertenecen a mi *aba*, a mi tío, pero el suelo es del gobierno, aunque la gente lleva viviendo aquí muchos años. Éste es mi mundo, que no tiene nada que ver con el estilo de vida de una estrella de cine.

El barrio tiene una calle principal que corre paralela a las vías del ferrocarril, que son el centro de toda nuestra actividad. Siempre está atestada de gente. Niños que juegan, que escarban en los desechos y en la basura de las vías del tren, y

14 EL SUEÑO DE RUBINA

viejos y jóvenes que se reúnen para charlar y cotillear. Todas las actividades y celebraciones de la comunidad se organizan aquí. Esta calle cuenta también con una peluquería de hombres, puestos de té, tiendas de comestibles e incluso una caseta de videojuegos; pero hay muchos vendedores que se instalan al lado de las vías del tren y venden fruta, vegetales, carne plagada de moscas, pero que resulta deliciosa una vez que se cocina, y diferentes tipos de bocaditos. También están los que se instalan directamente sobre el suelo, colocando los huevos o las especias sobre una sábana. Es un lugar donde siempre hay algo en marcha. Yo paso mucho tiempo aquí, jugando y trasteando con mis amigos. Al norte de esta calle está la tierra de nadie donde vacían la basura y al este está la estación a la que llegan los trenes de los suburbios de Bombay.

Me reúno con mis amigos y otros niños para jugar al herrete y a otros juegos, en medio de las cabras y los pollos, y de todos los que descansan al sol. Es bastante raro, pero de vez en cuando sigue pasando un tren de mercancías, y entonces se produce una actividad frenética para mover de sitio los tenderetes y la ropa a secar, y todo el mundo tiene que abandonar a toda prisa las vías del tren, sobre todo la gente mayor que duerme en el suelo. Yo he visto ya algunos accidentes. La parte de atrás del poblado es la peor; está llena de desagües de aguas sucias, de excrementos y de estiércol. Como no se puede cruzar por allí, hemos puesto algunos ladrillos y planchas de madera para alcanzar la zona seca. Allí se alza un montículo de fango de varios metros de altura; también está sembrado de basura seca y deyecciones humanas.

Tan pronto se deja atrás la calle principal y se aventura uno por las estrechas callejuelas, acaba atrapado por una intrincada maraña de chabolas de techo de chapa, donde todo es oscuridad y humedad. Las zanjas de drenaje están siempre llenas de aguas negras plagadas de insectos y el suelo de ado-

quines flojos está cuajado de excrementos animales, hay que ir mirando dónde se ponen los pies. Yo estoy acostumbrada a ello, pero he visto a muchos niños caerse en estas zanjas, lo cual me parece muy divertido. La mayoría de la gente deja su puerta abierta: se puede ver a siete u ocho personas compartiendo una misma habitación sin ventanas. Y ahí mismo es donde se come, se duerme y se baña uno. No hay vida privada en los barrios de chabolas; todos vivimos con todos, y también con los animales y con bichos tales como las ratas, las cucarachas y los mosquitos, tan comunes en todos los asentamientos chabolistas.

Cuando era muy pequeña, pensaba que Bombay era sólo un conjunto de barrios de chabolas, con basureros, vertederos, aguas estancadas y casas miserables. Luego, a fuerza de ver culebrones y películas en nuestra vieja televisión en blanco y negro, me enteré de que había otra vida además de la nuestra en el poblado. Sólo abandoné mi barrio de Bandra en dos ocasiones, una para peregrinar a la tumba de Ajmer Sharif, en Rajastán, cuando tenía tres años, y luego cuando me fui a Calcuta con mi madrastra, hace poco tiempo. No recuerdo casi nada de mi viaje a Rajastán y el que hice a Calcuta no fue tan largo. El poblado de chabolas en el que vive mi madrastra Munki es peor que el nuestro. De modo que la única huida que tenía al mundo real me la permitía mi televisión, en la que podía ver esas hermosas casas y esos bonitos jardines y vestidos.

—*Woh kya sunder duniya hai!* (¡Qué mundo tan bonito!).

Rafiq Qureshi Ali, al que llamo *aba*, es mi padre, un hombre alto de mostachos negros y cabello ensortijado, que tñe con *henna* para ocultar las canas y mantener la cabeza fresca en verano. Sí, la *henna* tiene propiedades refrigerantes. Mi padre es un hombre sencillo, no bebe ni fuma como muchos otros hombres del poblado. Mucha gente me ha dicho

que me parezco mucho a mi padre. Cuando me miro al espejo me parece que mis ojos son igualitos a los suyos, grandes, redondos y expresivos. Lo es todo para mí: padre y madre. También nació en Bombay hace treinta y seis años, pero en el barrio de chabolas de Dharavi, que es el mayor de Bombay y mucho más grande que el nuestro. Los primeros años de su vida transcurrieron en el propio Dharavi. Según me contó, la vida de los niños en ese poblado era muy dura, porque se les intimidaba y discriminaba por la casta. Después de esos años, se fue a vivir con sus padres y sus hermanos mayores a Kerala, en el sur de India, de donde procedía originalmente su familia. Mi abuelo se ganaba la vida actuando como intermediario entre la Administración y los que solicitaban pasaporte. Su trabajo consistía en acelerar la tramitación y preparar todos los documentos cuando la persona no tenía ninguno. No llegué a conocerlo porque murió hace treinta años. Mi abuela se volvió a casar casi inmediatamente después, y finalmente regresó a Bombay, al poblado del este de Bandra.

Allí vivieron en medio de cuatro paredes de hojalata, sin agua corriente ni electricidad. Creo que eran todavía más pobres que nosotros y que mi padre pasaba hambre muchas veces. Lo mismo que a mí, a él lo enviaron a la escuela de lengua urdu de Dharavi. Un día me dijo en secreto que odiaba estudiar y que solía dormirse en las clases o que se escapaba de la escuela para ir a jugar con sus amigos. El alfabeto y los números nunca le interesaron mucho, de modo que estaba siempre perdido en su propio mundo, aunque asistiera a clase.

Empezó a trabajar muy pronto para ayudar a su padrastro a mantener a la familia. Mohiuddin, el hermano mayor de mi padre, fue el primero que ganó dinero. Tuvo la idea de montar un teatro en medio de las chabolas y luego alquiló un proyector de películas y empezó a organizar sesiones de cine

cobrando a los vecinos una entrada. Gulam, el hermano intermedio, y Rafiq, mi padre, tiraban de sendos carros a la edad de doce años, transportando ladrillos o arena, y eso les hacía ganar unas cuantas rupias. Luego, mi padre empezó a trabajar como aprendiz con Akhtar Panthan, un carpintero que ayuda a levantar chabolas y que también arregla sillas y mesas. Se siente muy en deuda con este carpintero, que le enseñó todo lo que hay que saber sobre este negocio.

Cuando yo era aún muy niña, mi padre me habló de su primer matrimonio con mi madre biológica, Khursheed. Se casó a los dieciocho años con una chica que vivía en el mismo poblado. El matrimonio lo concertó su padrastro. Mi madre biológica tenía un año menos que mi padre y también era una musulmana devota. Organizaron una gran fiesta en la calle principal del barrio y asistieron muchos parientes venidos desde lejos. La celebración duró dos días. Claro que no fue una boda como las de las películas: todo lo que hicieron fue plantar una tienda de campaña en una parcela vacía, pero aun así seguía siendo una fiesta de gala para lo que era habitual entre los chabolistas.

Diez meses más tarde tuvieron a su primera hijita, pero la niña murió al día siguiente. Mi padre quedó muy deprimido, porque le gustan mucho los niños. Tres años después nació Sana, mi hermana mayor, en el Hospital Baba. Yo vine al mundo cuatro años después de ella. Mi primer nombre lo eligió *aba* en la ceremonia. Siempre se hace del siguiente modo: cuarenta días después del nacimiento, todos los amigos íntimos y la familia se reúnen, y cada uno propone un nombre. Luego, la decisión final la toma el cabeza de familia. *Aba* no llegó ni siquiera a escuchar todas las sugerencias: desde el principio sabía en el fondo de su corazón que me llamaría Rubina. Yo tenía un año cuando mi madre dio a luz a mi hermano Abbas. No lo recuerdo porque yo era sólo un

bebé. Al año siguiente, nuestra madre nos abandonó y se fue con otro hombre. Según mi padre, no fue una gran pérdida. Al parecer, ella no se ocupaba realmente de nosotros y siempre lo estaba amenazando con dejarlo por otro. Se peleaban constantemente hasta que un día él le dijo:

—¡Está bien, vete!

He oído muchos rumores de que ella tenía muchas aventuras. Ahora se ha vuelto a casar con alguien que no es de nuestra casta y vive en el poblado de chabolas de Panvel.

Mi padre me dijo que ella había querido volver a vernos, pero que se lo había prohibido porque no era una buena madre; de haberlo sido no nos hubiera abandonado. Por eso no tengo recuerdos de ella. Sé que ha venido varias veces a vernos, pero en todas las ocasiones mi padre la ha echado. Sin embargo, la sigo viendo hablar y reírse con otros hombres del vecindario. Ahora estoy segura de que no tiene buen carácter.

—Nunca cuidaste de nuestros hijos, por eso no mereces verlos. ¡Desaparece!

Después de la separación, mi madre vendió la chabola por unas setenta mil rupias* y nos mudamos a la de Dadi, mi abuela paterna. Vivía en una segunda planta y la habitación era un poco más grande que la anterior. La ventaja de estar en un piso alto era que no se corría el riesgo de inundaciones. Y durante la estación de los monzones eso ocurre con mucha frecuencia. Las zanjas se desbordan y las aguas negras invaden las viviendas de la planta baja despidiendo un olor espantoso. ¡Aaagg! Es realmente asqueroso, incluso aunque estés acostumbrado a él. Hace tres años, en la casa de mis tíos, el agua alcanzó una altura de metro y medio. Se produjeron inundaciones en Bombay y llovió día y noche. Todos se quedaron en sus chabolas hasta que el agua cubría poco más que hasta la

* Alrededor de setecientos euros.

rodilla con la esperanza de que las lluvias remitieran. Quedaron dañadas todas las pertenencias, incluidas las camas, los colchones y los frigoríficos. Era tanta la suciedad, y en el agua flotaba tanta basura, que tuvieron que tirar todas las cosas que se habían mojado. Luego, cuando las aguas bajaron, las paredes estaban impregnadas de manchas negruzcas, con lo cual tuvieron que rasparlas una y otra vez.

Por lo demás, la casa de mi abuela estaba hecha de todos los materiales imaginables, como las demás. En la habitación principal colgamos una vieja tela para diferenciar la zona en la que lavábamos y preparábamos la comida, sobre el suelo, en la misma tina. Dadi cocinaba sobre una superficie de madera apoyada en algunas cajas. En las estanterías que colgaban de la pared se amontonaban los vasos y los platos de hojalata, y colgábamos nuestra ropa en un amplio guardarropas. Para dormir extendíamos en el suelo alfombrillas de tela y nos acurrucábamos unos al lado de los otros. Dormíamos siete personas en esa habitación tan pequeña. Yo, Sana, Abbas, Aba, Dadi y el tío Gulam, que estaba casado, pero al que su mujer y sus hijos habían abandonado por su vicio de beber y que entonces estaba con nosotros. Mohiuddin, mi otro tío, vivía a pocas calles de allí con su esposa, Dilshad, su hija Rukhsar, que tenía once años en aquella época, y mi primo Mohsin, que tenía siete.

Desde que faltó mi madre, mi padre se hizo cargo de nosotros, pero debido a su trabajo no tenía mucho tiempo, de modo que Dadi y Sana lo ayudaban a bañarnos, a cambiarnos los pañales y a prepararnos el biberón. Mi hermano y yo éramos demasiado pequeños para arreglárnoslas solos. Por la mañana, Dadi se levantaba y bajaba para traer agua. Tenía la gran suerte de tener un grifo en la planta baja, al pie de las escaleras, que compartía con los demás vecinos. En un poblado de chabolas conseguir agua es muy difícil. Sólo hay suministro de

20 EL SUEÑO DE RUBINA

cinco de la madrugada a diez de la mañana. Por tanto, hay que ponerse a la cola muy temprano y llenar los recipientes necesarios para que dure hasta el día siguiente. Luego, Dadi preparaba el desayuno de *maska pav* (panecillos con mantequilla), que es uno de mis favoritos, o huevos revueltos con tomate y pimientitos. A las siete nos levantamos, nos lavamos los dientes y bebemos nuestro *chai* (té) todos juntos; luego mi padre se va a trabajar alrededor de las nueve. Espera en la plaza principal, con sus herramientas, a que vengan los clientes. El tío Gulam tiene un puesto de té unas cuantas calles más abajo. Mi hermana Sana y yo nos escapamos a jugar a la calle con nuestros amigos tan pronto como podemos.

Un día, cuando yo tenía cuatro años y Sana casi ocho, mi padre decidió mandarnos a la escuela. Pocos de mis amigos iban a la escuela, pero *aba* estaba muy interesado en que aprendiéramos a leer y escribir urdu. Mi *aba* me dijo que esta lengua la habían implantado los gobernantes musulmanes en Delhi hacía mucho tiempo y que el urdu era una de las lenguas oficiales de la India. Hay traducciones y explicaciones del Corán escritas también en urdu, por eso la gente quiere aprenderlo. Mi *aba* me dijo que hay muchas palabras comunes al urdu y al hindi, lo cual hace más fácil su aprendizaje. De modo que nos inscribió en la escuela municipal local de urdu, a la que íbamos a pie todas las mañanas. Las clases duraban desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. Al principio, me hacía gracia escuchar al profesor, pero me cansé rápidamente. Me pasó como a mi padre cuando era pequeño: tenía problemas para concentrarme y sólo quería una cosa: diversión. Cuando mi padre me reprende a causa de los estudios suelo decirle: *Mein aap par ho mujhe school accha nahi lagta* (Soy como tú, no me gusta la escuela). Esta afirmación siempre le pone furioso.

Siempre que tengo ocasión salgo a jugar con mis compa-

ñeros en las calles del poblado. Algunas veces, ni siquiera espero la hora de la escuela para escaparme, simplemente hago pellas. Cuando vuelvo a casa para almorzar, mi abuela advina enseguida de dónde vengo por las manchas de barro de mi uniforme... Un vestido azul oscuro de tirantes, una blusa blanca, unos calcetines cortos y unos zapatos negros no son precisamente el conjunto ideal para jugar en medio de la mugre y el polvo. Siempre tuve el pelo largo hasta la cintura, pero mi abuela me lo cortó porque hacía mucho calor y siempre lo traía sucio. Me sentí muy triste y rara, porque me gustaba llevar el pelo largo.

—¿A ti te parece que es un conjunto apropiado para pelearte en el polvo? ¿Y ahora quién va a tener que lavar todo eso?

Mi abuela acostumbraba a enfadarse mucho cuando los vecinos iban a denunciar mi paradero y yo discutía con algunos para que se metieran en sus cosas. Pero en los barrios de chabolas todo el mundo disfruta murmurando; es el mayor pasatiempo que tiene la gente.

A Dadi eso no la hacía feliz, pero pronto dejaba de gritar. Aunque trataba de mostrarse estricta, me consentía mucho y siempre cumplía mis caprichos. Cuando le pedía que preparara mis platos favoritos —pollo *biryani* o arroz al curry con yogur, por ejemplo—, siempre acababa cediendo.

Pero siempre se quejaba a mi padre de mi mal comportamiento cuando éste volvía del trabajo. Y cuando él me reprendía estaba realmente enfadado. No soportaba que me ensuciara jugando en la calle y faltando a la escuela.

Incluso me había prohibido jugar al *kancha* (canicas), uno de mis juegos favoritos y de todos los niños del poblado. Tengo muy buena puntería y siempre gano. Aunque hay muy pocos lugares llanos o que no estén cubierto de basura, habíamos encontrado uno al final de la calle principal, justo

2.2 EL SUEÑO DE RUBINA

en una esquina. El suelo era completamente llano y no había basura. Era nuestro campo de batalla para echar una partida de *kancha*. En este lugar siempre hay alguien jugando a las canicas a lo largo del día, y siempre hay un grupo de chicos que está esperando su turno para hacerlo. Se gana cuando se consigue golpear la canica que hace de objetivo con la canica propia impulsada por el dedo medio. El problema era que para conseguir la mejor posición para dar en el blanco, no dudábamos en tirarnos al suelo sin ningún cuidado. No hace falta decir que pasábamos poco tiempo limpios. Los niños jugábamos a este juego con la misma pasión que si fuera el críquet, otro juego popular en el poblado. Pero el *kancha* era el juego de nuestro barrio. Todos teníamos canicas grandes, canicas pequeñas, algunas de colores, otras brillantes, y el intercambio de canicas ocupa gran parte del tiempo de los niños.

—¿Es cierto lo que me dicen, Rubina? ¿Has vuelto a faltar a la escuela?

—Te vi jugando al *kancha* y comiendo porquerías cerca de las vías...

—¡Pero a mí me gusta jugar!

—*Bas bahaut ho gaya* (No quiero oír una sola palabra más).

—*Aba, aba.*

—¡Tienes tiempo de sobra para jugar después de la escuela! Además, no hay ninguna razón para que te ensucies la ropa. Tu abuela ya tiene bastante que hacer como para andar ocupándose de que hagas las cosas bien. ¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de arrastrarte por el suelo? Está sucio, y vas a acabar cogiendo una enfermedad.

—*Thik hai aage se aisa nahin hoga* (Está bien, no lo volveré a hacer).

Cuando él levanta la voz yo me siento muy triste y suelo

retirarme a un rincón, enfurruñada, hasta que viene a tranquilizarme. Me hace cosquillas en la barriga y me levanta en el aire con los pies, y todo queda olvidado. Riñe en voz muy alta, pero su enfado no dura mucho. Sólo una vez me dio una bofetada, cuando llegué a casa con los pies llenos de barro: había salido sin las chancletas. Es cierto que nadie se atreve a caminar con los pies descalzos por el barro. Entre charco y charco, los niños hacen sus necesidades en el suelo, la gente escupe, las cabras y los perros dejan sus cacas, y por todas partes se ven trozos de metal tirados en el suelo; es un poco peligroso andar descalzo por ahí. Yo lo sé, pero tenía prisa por ver el nuevo vestido de mi amiga. Si alguien compra algo nuevo en un poblado de chabolas es obligatorio alardear de ello delante de los amigos y de los vecinos. Yo también enseño a mis amigos mi estuche de maquillaje, las joyas y la ropa. Los estimo más y me parecen más hermosos cuando veo en sus ojos un relámpago de envidia.

Una vez a la semana, mi padre nos envía a la mezquita para que aprendamos árabe. Paga diez rupias al mes por las clases. Nos reúnen en una habitación, las niñas a un lado y los niños al otro, y aprendemos a rezar los versículos del Corán en voz alta. *Aba* cree que es importante poder leer el libro sagrado. Mi padre es muy religioso y va a la mezquita todos los viernes; incluso cuando tiene mucho trabajo, encuentra tiempo para rezar. En casa, tiene colgada en la pared una foto de Ajmer Sharif, santo patrono de nuestra familia y nativo de Rajastán. Todos los años, en el mes de julio, va a meditar ante su tumba. En mis clases de la mezquita aprendí cosas superinteresantes. Ahora sé que cuando una persona muere, si es de religión musulmana, la colocan en un ataúd, a diferencia de los hindúes, que acaban quemados. Y si mientes, Dios te convierte en un lagarto; y si robas a alguien, vas directo al *narak* (infierno). Estas cosas no se pueden tomar a la ligera. Y la

2.4 EL SUEÑO DE RUBINA

gente es muy supersticiosa en los poblados e incluso yo creo estas cosas al pie de la letra.

En el poblado de chabolas, había una niña de unos quince años que vivía cerca de mí. Un viernes, después de la escuela, volvió a casa y su madre, que estaba leyendo el Corán en la cama, le dijo:

—Lávate las manos y ven a leer el Corán conmigo.

La chica estaba cansada y no quiso leer el Corán. Empezó a ver la televisión y no hizo caso a su madre.

—*Aree television dekhne se tera bhala nahin hoga* (Ver la televisión no te va a ser de gran ayuda en la vida).

Al estirarse en la cama para ver vídeos musicales, su pierna tropezó con el libro sagrado. Un segundo después, su piel se puso de un color extraño y se empezó a resquebrajar. Tanto la cara como el resto del cuerpo se fueron transformando poco a poco hasta tomar la forma de un gran lagarto. En pocos minutos, se convirtió en una mujer lagarto. La madre se quedó asombrada y se asustó, luego empezó a gritar y todo el vecindario se acercó a la chabola. Vinieron muchos médicos, pero ninguno la pudo curar. Incluso salió en los periódicos, ¡y no es broma! Lo cierto es que esta historia nos produjo escalofríos a mí y a todos los niños del poblado. Me pasé días sin dormir y desde entonces tengo mucho cuidado en respetar el Corán y no mentir nunca. Algunas veces cuento mentirijillas, como cuando tengo que arrancarle unas rupias a mi padre o para salvarme de una reprimenda.

—*Aba*, ¿me podría dar diez rupias?

—¿Para qué?

—Quiero comprarme unas patatas fritas con masala.

—¿Otra vez?

—Tengo hambre.

Me paso la mayor parte de los días picoteando. Panchitos, galletas, chocolatinas, saladitos, *kache aam* (mango ver-

de) con un pellizco de sal, o todo tipo de *pani puris*, esas deliciosas bolitas de masa frita y rebozada, rellenas de patata cocida y agua condimentada. Sólo cuestan unas rupias en cualquier esquina del poblado. Como es natural, a la hora del almuerzo no tengo hambre, ni siquiera cuando Dadi cocina mi plato favorito, pollo *biryani*. Algunas veces, me olvido por completo de la hora del almuerzo. Cuando no vuelvo a casa, mi padre envía a alguien a buscarme y se pone a esperar en la puerta, luego me grita:

—Rubina, tienes que comer comida de verdad. Si te pasas el tiempo comiendo comida basura, no te daré más dinero, ¿me entiendes?

—Sí, *Aba*.

Por supuesto, se olvidaba de sus amenazas tan pronto como las había hecho, y si se lo pedía de buenas maneras, seguía trayéndome canicas. Me mimaba demasiado y le cuesta trabajo negarme lo que sea, porque siempre he sido su favorita. Sana es muy tímida y muy casera, y no pide muchas cosas. Pero yo soy despreocupada y no dudo ni un segundo en manifestar mis necesidades.

—*Aba*, ¿me puedes dar cinco rupias?

—Aquí las tienes, ¡pero se acabó!

—Gracias, *Aba*.

Sana y yo nos queremos y nos odiamos. Nos peleamos y nos tiramos de los pelos por cosas sin importancia, como unos pendientes o un cepillo de uñas, porque ella nunca quiere compartir sus cosas conmigo. Sana tiene siempre los pies en el suelo, mientras que yo tengo siempre la cabeza en las nubes, de modo que somos muy diferentes. Sin embargo, siempre hemos protegido mucho a Abbas y lo queremos un montón. Si alguien trata de meterse con él, yo nunca desaprovecho la ocasión para una buena pelea. Creo que Abbas, mi *chotu* (pequeñín) es igualito a mí.

Otro de mis pasatiempos en el poblado es montar en bicicleta. En Bandra Este, un hombre llamado Salman, que es primo de Azhar, alquila su bicicleta a dos rupias los cinco minutos. Según lo que tenga en el bolsillo, monto diez minutos, un cuarto de hora o incluso media hora. Me encanta pedalear alrededor del poblado, a pesar de que es muy engorroso mantener el equilibrio circulando entre las cabras y los vendedores, mientras mastico cacahuetes o galletas, que llevo en la cesta adosada al manillar. A menudo me lanzan alguna maldición las mujeres y los vendedores que están sentados en el suelo, cuando atropello sus montones de *henna*, de frutas o de vegetales. En el poblado nadie se priva de insultar a otro. Los hombres y las mujeres, e incluso los niños, se están insultando todo el día.

—*Marjani, dekh kein chal mere angoor kharab kar diya* (Ojalá te mueras; a ver si conduces con cuidado, porque me has estropeado las uvas).

Cuando no voy en bicicleta, voy a jugar a la calle principal con mis amigas, Rubina, Asa, Fana, Sohon y Luxhar. Somos todas de la misma edad y yo soy la jefa de la pandilla. En la calle principal que va paralela a las vías del tren hay una plataforma desmontable, que se utiliza para las funciones religiosas. Mi ceremonia favorita en el poblado es la de Nayaz, en la que se leen sermones durante siete días hasta bien entrada la noche y después de eso se da de comer a la gente realmente pobre. Es un acto de caridad para acercarnos a Alá. Durante esa semana me tomo la libertad de quedarme con mis amigas con el pretexto de escuchar los sermones. Pero en realidad charlamos, bromeamos, nos empujamos unas a otras y nos quitamos las sillas. Atraemos las miradas serias de la gente y sus reprimendas, pero esto, a mis amigas y a mí, aún nos provoca más risas.

El resto del tiempo, esta pequeña plataforma de madera

nos sirve de cuartel general y de lugar de encuentro. Allí organizamos pequeños espectáculos o nos sentamos alrededor a charlar. También me gusta jugar al escondite con los niños del vecindario. Entre los puestos de comida, las montañas de basura y las alamedas llenas de recovecos secretos hay montones de lugares fascinantes para esconderse. Por la tarde, nos citamos unos a otros para jugar a las casitas antes de la hora de la cena. Rubina, una de mis amigas más íntimas, viene a menudo a casa de mi abuela para ver dibujos animados. Odio los días en que nuestro televisor se estropea o alguien se conecta a nuestra línea de cable para captar los canales gratis, lo cual dificulta siempre nuestra recepción de la imagen. En el poblado, la gente no duda en pinchar los cables para tener electricidad o televisión gratis. Hay muchas peleas por esto y algunas veces la cosa se pone fea debido a los insultos; algunos llegan incluso a las manos.

Tengo la suerte de que mi abuela nunca me pide que la ayude en la casa, porque nunca me gustaron las tareas domésticas. Como mi padre se pasa todo el día trabajando, no hay nadie que me vigile. De modo que me siento libre como un pájaro para hacer lo que me apetezca. Por desgracia, todo lo que hago acaba llegando a oídos de mi padre.

—Rafiq, tu hija se ha escapado y ha vuelto a hacer de las suyas.

—*Aab kya kiya* (¿Y qué ha hecho ahora?).

—Ha pegado a mi hija. Es la segunda vez en esta semana.

—*Acha*,* le voy a echar una regañina.

A *aba* le caía mal que me pelease con mis compañeros. Yo no era especialmente agresiva, pero no dudaba en defenderme. Me peleaba lo mismo con las niñas que con los niños si me insultaban o me pegaban. No quiero que la gente pien-

* De acuerdo, está bien.

se que puede abusar de mí. La chica a la que pegué empezó pegándome ella y yo me defendí. La mayor parte de las veces es por divertirme. Por ejemplo, me gusta asustar a la gente saltando a su espalda, aunque sean adultos, luego me abrazo fuertemente a su cuello. ¡El objetivo es mantenerme colgada todo el tiempo posible!

Otra época del año que me encanta son las vacaciones musulmanas, cuando se reúnen montones de personas para celebrarlas durante tres días. Las fiestas de Id-ul-Zuha* e Id-ul-Fitr** son el momento del año que más me gusta. Hay un ambiente de *mela* (carnaval) en los poblados de chabolas. Los parientes y los primos que viven lejos vienen a visitarnos, y organizamos grandes banquetes para las últimas horas de la tarde. Las mujeres de la casa empiezan por la mañana muy temprano a preparar comida, y por una vez el poblado se llena de un sabroso aroma a *biryani* y a pollo guisado con muchas especias.

En estas ocasiones, mi padre es muy espléndido. Me da más dinero de lo habitual, me compra ropa nueva y también un bolso para reunir mi *idi*, el dinero que voy a recibir. Entre nosotros es costumbre que los mayores den dinero o regalos a los niños por el Id-ul-Fitr. Todos los niños reciben algunas monedas de sus mayores como muestra de cariño. Me encanta cómo se transforman las chabolas durante el Id, con sus decorados, las luces de colores, los deliciosos aromas y la ausencia de peleas. Todo el poblado es como una gran familia feliz. Mi padre también paga para que me monte en el tióvivo y en las atracciones de la feria que se instala en el vecindario durante el tiempo de las fiestas, y nos compra caramelos,

* Fiesta islámica que conmemora el sacrificio de Ibrahim, más conocido por el nombre de Aid el-Kebir.

** Festividad musulmana que celebra el fin del Ramadán.

helados y bocaditos especiados con un montón de *ilmi* (tamarindo) dentro. Éstos son los únicos momentos en los que me siento feliz, contenta y normal, como la gente que sale en las pantallas de televisión.